



Certamen Literario “Ciencia y Tecnología: Región Huetar Norte” celebra su VI edición

Cátedra de Realidad Nacional Yolanda Oreamuno

Escuela de Idiomas
y Ciencias Sociales
Biblioteca del TEC
Campus San Carlos
✉ catedrayolandao@itcr.ac.cr
✉ bibliosc@itcr.ac.cr

La Cátedra de Realidad Nacional Yolanda Oreamuno de la Escuela de Idiomas y Ciencias Sociales, y la Biblioteca del Campus Tecnológico San Carlos convocaron este año al VI Certamen Literario: “Ciencia y Tecnología: Región Huetar Norte”, cuya temática fue *el impacto de la tecnología en nuestras vidas*.

En total, se recibieron 11 relatos que fueron valorados por un jurado compuesto por tres docentes del Tecnológico de Costa Rica, Campus San Carlos, con experiencia en escritura creativa: el profesor jubilado y escritor sancarleño Francisco Rodríguez Barrientos (Celso Romano), el profesor y escritor Benjamín Campos Chavarría, y la

profesora y escritora Patricia López Estrada.

Todos los relatos se caracterizaron por su alta calidad literaria, lo que evidencia el talento narrativo presente en la región. No obstante, en esta ocasión, el jurado acordó por unanimidad otorgar los siguientes premios:

Primer lugar: “Una lástima”, de Mario Andrés Rojas Varela, estudiante de Ingeniería en Computación del Tecnológico de Costa Rica. Además de su buen ritmo narrativo, el relato poseía una buena caracterización de la psicología adolescente. El principio y el final de la historia se unen con habilidad y tienen el aspecto de lo inesperado, tan importante para una historia.

Segundo lugar: “La última sesión”, de Anny Tatiana Fernández Cascante. Joven sancarleña cuyo relato demostró un buen manejo de la escritura y del ritmo narrativo, cualidades necesarias para la creación literaria. Además, su texto demostró originalidad para incluir el tema del concurso en el relato.

Tercer lugar: “Timografía”, de David Molina Guerrero, también estudiante de Ingeniería en Computación, quien mostró un relato bien hilvanado y escrito, con un ritmo narrativo fluido, además de un tema original e intrigante, que se integró bien al tema del concurso.

Como en ediciones anteriores, el certamen fue posible gracias al patrocinio de empresas de la Zona Norte como Coopelesca y Coocique, las cuales colaboraron con donaciones para la premiación de los tres primeros lugares.

Con el afán de continuar estimulando el interés por la escritura creativa de nuestros jóvenes de la Región Huetar Norte, hemos querido compartir los relatos ganadores de este año en la *Revista Ventana*. ¡Esperamos que los disfruten!

Una lástima

Por Mario Andrés Rojas Varela

Primer lugar

“Una lástima” decía un comentario frívolo e insensible de una publicación en una red social. Solo



dos palabras. Un mensaje con supuestas intenciones de pésame, pero carente de un verdadero significado. Parecía más como una muletilla oportuna para dar una imagen; algo intrínseco de las redes, de buena persona, y salir del paso a la vez. Inmediatamente después de su supuesto pesar por los hechos, aquel anónimo autor del comentario deslizó la pantalla para continuar con su consumo inmediato, explosivo, de dopamina y placer instantáneo...

Emilia, una joven adolescente de 14 años, era una esclava más de las redes sociales. Su autoestima

—muy baja, cabe recalcar— recaía en lo que otros dictaban, y como cualquier otro joven en la época digital, su valor residía en la cantidad de sus seguidores. Ella era el tipo de adolescente que todos apartan, con quien nadie quiere estar, a quien consideran rara, pero bueno, ser raro en una sociedad como en la que ella vivía sería un halago. Emilia casi no tenía amigas, su núcleo social se reducía a un par de compañeras. Era tímida, temerosa de resaltar, porque lo que resalta es susceptible a las críticas. Sufría acoso escolar, un grupo de sus compañeras que

se consideraban populares se burlaba de ella diariamente. Acudía a los videos, *reels* y redes sociales en general para evadir su situación, su lugar seguro, su refugio, así lo llamaba, antídoto para la depresión, portal para desconectarse de la realidad, pero, ¿qué habría de ser real en un mundo donde lo virtual se vive con más intensidad que lo físico?, ¿qué es más real: lo digital o lo físico? Ya no se tenía certeza entre lo tangible y lo no tangible.

Un día iba en el bus camino al colegio, audífonos puestos, mirada fija en la pantalla de su celular. Todo

como era de costumbre, pero por pura aleatoriedad, casualidad o, quizás, causalidad, lanzó una mirada fugaz al asiento de su lado, una señora mayor de aspecto tierno viajaba junto a ella, tenía el cabello ni corto ni largo y canoso, traía puestos unos lentes con aros circulares y un vidrio resplandeciente, de ella emanaba una fragancia familiar que la hacía sentirse segura. La señora tenía en sus manos un libro con el título: "Separados por un muro, el perro le ladra al tigre". El título le pareció llamativo, intrigante, ¿qué podría decir ese libro?, ¿cuál podría ser su contenido, su tema, su mensaje?, se preguntaba a sí misma. Pero la ansiedad social y la falta de habilidades comunicativas, efectos de la era digital, combinados con ese impulso inconsciente de ver el celular la volvió a llevar a su mundo.

Inmersa otra vez en su celular, continuó con su ración de serotonina, un video tras otro, historias y publicaciones, *likes* y comentarios, de una aplicación a la otra, *reel* tras *reel*: uno muy gracioso, otro triste, luego uno sin sentido, después otro absurdo, seguido de uno lleno de falacias, y más, y más, y... ¡pufff!, algo había estallado su burbuja de concentración en los videos, unas palabras algo débiles le habían hablado, volvió a ver a su lado, y aquellos lentes estaban fijos en ella. El resplandor del vidrio no le dejaba ver bien los ojos que resguardaban, pero era más que evidente que aquella mirada está clavada en ella. Emilia se quitó los audífonos.

—Disculpe, ¿me habló? —preguntó Emilia.

—Sólo decía que... ¡qué bonitos zapatos, cariño! —respondió la señora.

Emilia, desconcertada por el halago, y con la mínima idea de qué zapatos llevaba volvió a ver sus pies. Llevaba un par de tenis gris oscuro con suela blanca. No eran las más bonitas, y que le hubiera dicho ese cumplido genuinamente la alegró un poco.

—¡Muchas gracias! —expresó la joven. Su monótona expresión facial cambió levemente para bien.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Emilia, ¿y usted?

—Un placer conocerte, Emilia. Yo soy Amparo Valverde.

—Un placer, Amparo.

—Sabes, te pareces mucho a mi nieta. Muy adorables las dos.

Una sutil y dulce risa se le escapó. Otra vez la llamativa portada del libro resaltó. Los colores, figuras y palabras calaban a su mente. Sentía la necesidad de preguntar de qué trataba, pero una vez más su falta de habilidades sociales le pasaba factura. Sin embargo, en un momento de valentía, decidió preguntarle sobre aquel libro.

—¿De qué trata ese libro?

—Es un excelente libro, critica cómo el humano cuando piensa que nadie lo ve ni reconoce, se atreve a hacer y decir muchas cosas, pero en persona hipócritamente se vuelven cobardes. Es un análisis de un experto en psicología y comportamiento social humano. Resumiré el libro con esta frase —procedió a abrir el libro y buscar una página. Se detuvo en la página veintiuno. La hoja estaba llena de notas de lapicero y partes subrayadas. Emilia estaba ciertamente sorprendida. No esperaba que aquella viejita con aire de abuela fuera culta e intelectual.

—“Con la cortina del anonimato contemporáneo, cualquier cobarde se convierte en un cruel juez.” Crudo, pero cierto.

—Ah, ya veo... Suena muy interesante. Me gustaría leerlo algún día.

—Sí, habla mucho de la era moderna, y no te digo más para que seas tú misma quien construya tu propia definición y perspectiva del presente —lanzó una breve sonrisa—. Y a ti, ¿te gusta leer?

—En realidad, no he leído muchos libros, creo que sí me gusta, pero tal

vez solo me falta la motivación para empezar.

—Mmm, sí, la falta de motivación y de lectura son ambas serias problemáticas entre los jóvenes en la actualidad, pero en realidad siempre ha existido gente con y sin inspiración, gente estudiosa y poco estudiosa, gente visionaria y no visionaria, pero todo se remonta a tomar una decisión. Tan simple como eso. Nadie más lo va a hacer por ti. Así que no busques un motivo, solo hazlo, no ciegues tus ojos como la gran mayoría y sé diferente. —ya la sonrisa de Emilia era más marcada. Se notaba su alegría.

—Muchas gracias, la verdad agradezco bastante sus palabras.

—¡Colegio Técnico! —gritó el chofer, mientras frenaba paulatinamente el bus.

—Ya tengo que bajarme, pero me encantó conocerte y hablar contigo.

—Para mí también fue un gran placer conocerte. —y, apresuradamente, mientras los otros estudiantes comenzaban a bajarse, buscó en su bolso un lapicero de tinta azul. Abrió la portada del libro, y en la parte de atrás escribió su número de teléfono.

—Ten —dijo la señora mientras le entregaba a Emilia el libro.

—¿En serio?, pero no es necesario...

—No, cariño, creo que este libro te servirá bastante, y ya tienes con qué comenzar a leer. Ya no tienes excusa, y ahí tienes mi número, por si algún día quisieras hablar de cualquier tema y no supieras con quién.

Emilia, emocionada, abrazó a la señora.

—Gracias, nos vemos.

—Chao, Emilia —dijo la señora.

Con el libro apoyado a su pecho, se bajó del bus con destino a su clase.

Aquel hermoso encuentro había sido como el arcoíris después de la tormenta, pero antes del huracán.

Emilia llegó a su aula temprano y se sentó en su lugar a comenzar

a leer el libro. Al otro lado del aula se encontraban aquellas compañeras que la trataban mal. Estaban haciendo videos, saciando su hambre de atención, y notaron que Emilia había llegado. Viéndola con desprecio, decidieron elaborar un plan para burlarse de ella. Empoderadas por el demonio de la sátira, se acercaron a la joven para plantearle una propuesta, un reto, su "pase" para ser aceptada por ellas y entrar a su grupo.

—¿Qué haces, Emilia? ¿Lees? No seas tan pola, ¿quién lee?, ¡nadie!

—Pero a mí me gusta, además, leer puede... —y una de las compañeras la interrumpió.

—Ja, ja, ja, ya cállate. —Entonces le arrebató el libro y lo tiró a un lado.

—Escucha, lo hemos pensado, y tal vez podrías salir con nosotras, ser parte de nuestro grupo, ¿no te gustaría?

—¡Ah, claro, sí!

—Bueno, pero para poder unirse a nosotras tienes que hacer un baile mientras cantas una canción que te daremos. Las tres lo hicimos al inicio, es algo muy común,

¿sabes?

—Mmm, no lo sé, no estoy segura.

—No lo pienses tanto, ¿quién más te va a aceptar en su grupo?, ja, ja, ja.

—Mmmm, está bien.

Emilia, como toda persona que busca la aprobación de quien a sus ojos es superior, accedió a realizar el reto con tal de "encajar" con el grupito. No se le podía culpar. En el fondo, era una niña que solo quería amigas, aunque no toda persona es digna de ser amiga de alguien como ella, alma pura, sosegada por la vana tempestad de la sociedad digital.

Sus compañeras le enseñaron el baile que debía realizar y la canción que tenía que cantar. Era algo sumamente humillante, pero la pobre influenciable Emilia fue fácilmente engañada. Y entonces llegó el momento. Ella se preparó. Sabía de

memoria cada paso y cada verso. Las compañeras pusieron la música en un parlante y empezaron a grabar con sus celulares.

—Y uno, y dos, y...

—¡Ya, comienza, apúrale!

—Okey.

Y empezó a bailar y cantar. Una de las jóvenes del grupito se fue a su pupitre a buscar algo. Las carcajadas de las muchachas eran crueles. En un momento quiso detenerse, pero le exigieron que siguiera, y así lo hizo Emilia. Poco a poco, más compañeros se sumaban con las risas y con sus teléfonos para grabar. Hasta ese punto ya estaba sufriendo, ya había sido avergonzada, pero jamás esperaría lo que continuaría. La muchacha que había ido a buscar algo volvió con un tazón; Emilia la notó, pero entre tanta burla no le dio importancia. Entonces, esa compañera abrió el tazón, que tenía restos de sopa. Y, sin hacer uso de su conciencia, se la arrojó a la joven ridiculizada. Otros compañeros se sumaron y le arrojaron cosas. Emilia se resbaló y cayó al suelo, y cuando se levantó vio a su profesor en la puerta. Sintió un alivio, y pensó que él la podría socorrer.

—¡EMILIA! ¿PERO QUÉ ESTÁ HACIENDO? ACOMPÁÑEME A LA DIRECCIÓN AHORA MISMO.

—Uuuuuu... —todos empezaron a abuchearla, con un sonido que le llegaba como una lanza al corazón.

—Pero yo...

—¡EMILIA! Acababa de ver por la ventana y vi que usted estaba bailando y armando un desastre en el aula. ¡No me venga con excusas, A LA DIRECCIÓN!

—¡Pero nooo! Yo solo...

—¡A LA DIRECCIÓN!

Emilia, con amargas lágrimas en los ojos, lanzó una mirada alrededor en su aula. Risas dibujadas en las caras de sus compañeros, celulares levantados grabando, y una espantosa mueca de odio en el rostro de su profesor. Ella se agachó,

recogió el libro de donde había caído y salió corriendo de su clase.

Corría sin un destino. Su mundo físico —el único real y que de verdad importa— se derrumbaba. Se fue adentrando a una zona montañosa. Las carcajadas resonaban en su mente, su corazón latía tan rápido que se le quería salir, y esa extraña sensación de vacío invadió su estómago. La depresión, la ansiedad y un tercer mal aún no reconocido tocaban la puerta. Mientras corría, y su mente se encontraba en un abismo de emociones agrias, llegó a un lugar que la hizo detenerse. Un verdadero abismo: un puente, una caída libre de 40 metros en un área no tan concurrida. Todos sus pensamientos se canalizaron. El tercer mal, la muerte, se presentó.

En un instante a otro, Emilia se encontraba en la baranda del puente. Eran el puente y ella. Solo ellos. Ella, aún indecisa, casi colgaba del puente. Buscando un auxilio, volvió a ver a su lado. Ahí estaba aquella portada tan llamativa, y recordó a la señora. Le llegó la idea de llamarla, simplemente para hablar, eso la haría sentir mejor, pero no encontraba motivo para hacerlo, porque hacerlo significaba seguir viviendo, y ya no encontraba motivo para eso. Emilia, al igual que muchos, no aguantó. La luz de aquella noble alma se apagó.

Era más que obvio que, en un mundo interconectado, no pasó ni un día cuando el video de Emilia bailando y la noticia de su muerte estaban digitalmente en la boca —o, mejor dicho, pantalla— de todos. "Una lástima", decía aquel comentario en la publicación informando sobre lo sucedido, y esas palabras eran las más humanas de todas en los comentarios. El último destello de vaga humanidad en un entorno digitalmente hostil.

Al cabo de una semana, con completa indiferencia, todos volvieron a su jaula social. La sociedad de la indiferencia volvió a ser la misma de siempre, aunque siempre lo fue. ¡Qué lástima!



La última sesión

Por: Anny Tatiana
Fernández Cascante

Segundo lugar

12:52 p.m. 30 de agosto del 3040

Hoy atendí a dos niños.

De no ser por la palidez de sus rostros y la forma en que sus ojos evitaban el mío, habría dicho que eran estatuas. Uno de ellos tenía la mirada perdida, como si su conciencia aún estuviera atrapada en la escena que nadie debería presenciar.

Su madre murió triturada por una máquina de cosecha autónoma, según el informe, una interferencia en la señal satelital provocó una desviación en el protocolo. La

máquina giró sobre sí misma y luego avanzó. Una zancada, otra, y después nada. Solo piezas, sangre, y el silencio metálico que deja el error de un sistema que nunca se equivoca... excepto cuando sí.

El gobierno llegó con eficiencia: limpieza, evaluación, reporte, protocolo. Les asignaron 72 horas de atención psicológica de emergencia y una recomendación de reubicación a un centro de ayuda para “estabilizar su ambiente emocional.” Era el procedimiento normal y habitual.

Pero yo no lo soy, no soy una máquina, ni tampoco soy el gobierno opresor que se jacta de sus riquezas y se aprovecha de la pobreza de la humanidad, no soy ese tipo de persona, nunca deseé serlo.

Mientras los niños respiraban sin algún ritmo continuo, siendo medidos por sensores que anotaban sus niveles de ansiedad en tiempo real, yo mismo desconecté los sensores. Me incliné hacia ellos, no como psicólogo, sino como ser humano. Les expresé que podían comunicarse conmigo sin miedo a ser callados. Y entonces el mayor habló:

—Mamá no gritó. Solo cayó. Como cuando uno suelta algo y cae al suelo con fuerza, la máquina la tomó pensando que era alguno de los cultivos y fue triturada frente a nosotros, traté de no mirar, pero no pude evitarlo.

Sus palabras me golpearon más fuerte que cualquier diagnóstico mientras observaba lágrimas caer

sobre sus mejillas que se tornaban rojas e hinchadas, producto del dolor que no se les permitía tener.

3:30 p.m.

A veces pienso que los verdaderos pacientes no son los niños, sino el mundo entero.

Después de llevar a los niños a su centro de ayuda correspondiente, volví a mi cubículo clínico para tomar mi botella con agua y salir casi con el corazón latiendo en los puños. En los pasillos del Centro de Intervención Emocional del País #14, las luces blancas pretendían brindarnos la calma, pero la luz no cura, ni tampoco las máquinas censuradas.

Pasé frente a la terminal central. Allí, decenas de “terapeutas” virtuales asistían a personas por videollamada. Frases como “procesamiento emocional en progreso” o “respuesta empática generada” parpadeaban en las pantallas. Eran eficientes, incansables, y vacíos de conciencia humana. Mi despacho era una burbuja de resistencia propia, tenía libros en papel, dibujos de mis antiguos pacientes, y una planta real que había logrado mantener con vida gracias al contrabando de tierra fértil, aunque por supuesto no fue nada económico. A veces la miraba por minutos, como si en sus hojas verdes hubiera una respuesta que pudiera brindarme sobre toda la humanidad.

Me senté frente al espejo de mi cubículo de nuevo, como cada noche después de una sesión difícil. Me observé. Los ojos ya no me pertenecían, lo asimilé, así como no tener tu propia alma. Era como si alguien más habitara en mi rostro y en mi cuerpo, como haberme dejado controlar por ello toda mi vida. Sentí que me convertí en otro títere del sistema, uno que habla suave y lento, sonríe en los momentos correctos, y sigue el guion aprobado por el Comité de Salud Mental.

No era así cuando comencé.

Recordé el día en que me ofrecieron las tres vías: medicina, arte o psicología. Medicina me pareció

demasiado mecánica, el arte demasiado vigilado sin posibilidad de realmente expresarte. La mente humana era el último territorio libre de la tecnología opresora. O eso solía pensar. Pero incluso aquí, nos pusieron muchos muros invisibles: protocolos, palabras permitidas, gestos sugeridos, demasiadas cosas censuradas. Cada consulta estaba monitoreada, cada informe revisado por IA. Nos dijeron que era para protegernos. Para proteger a los pacientes y yo lo creí. Pero en realidad era para evitar que recordáramos cómo se siente ser humano.

Hoy, por primera vez en años, me había saltado una línea del guion. Les hablé a los niños sin filtros. Les dije que era normal tener miedo. Que yo también lo tenía, el mundo se había vuelto cruel y eso no estaba bien, y lo que le había sucedido a su madre no tenía perdón, ni la mayor cantidad de dinero podría sanarles el dolor que ellos sentían. El menor me miró y, por un instante, pareció respirar distinto, no como un robot controlado, sino con calma y sensibilidad. Como si algo, muy dentro de él, se hubiera descongelado, en ese momento supe que era el principio, el principio de algo grande o el fin de mi carrera y mi vida entera.

Mi carrera comenzó con una mentira hermosa: “Vas a ayudar a sanar mentes.” Y al principio, lo creí. Ingresé a la Universidad con una beca del gobierno, ya que mis resultados en las pruebas eran sobresalientes, así que me ofrecieron estudiar en cualquiera de los tres ejes de alta demanda: medicina, arte o psicología.

Pero yo quería tocar el dolor. No para silenciarlo, sino para entenderlo.

En la academia, todo parecía noble. Nos enseñaban teorías, autores del pasado, casos emblemáticos de salud emocional en tiempos de la transición tecnológica, máquinas que nos ayudaban a ver cómo era el cerebro conforme las emociones y ver de dónde provenían cada una de ellas. Nos decían que estábamos en la primera línea de defensa contra

la deshumanización. Hasta que, poco a poco, noté los silencios y las omisiones.

Había temas prohibidos. El suicidio, por ejemplo, se convirtió en un tema intocable, el trauma, un “desajuste sensorial reprogramable.” Todo tenía una solución automatizada, todo menos el alma. Me gradué con honores y fui asignado al Centro de Intervención Emocional Zona 7, un edificio sin ventanas, lleno de terapeutas que no parpadeaban y pantallas que lo sabían todo. Mi primer caso fue un adolescente que había perdido a su hermano durante un experimento de unión humana-mecánica contra su voluntad. Lo escuché durante 45 minutos. Al finalizar, me enviaron un informe con las respuestas que debí haber dado. Me advirtieron que una segunda desviación implicaría revisión disciplinaria. Esa noche lloré, no por miedo, sino porque sentí que había perdido algo. Desde entonces, he seguido trabajando, simulando y ejecutando. Hasta hoy, vi a esos niños y recordé por qué elegí esta carrera, hoy sentí que algo dentro de mí, que llevaba años dormido, comenzaba a moverse, una chispa, un temblor. Tal vez la semilla de una rebelión.

7:00 p.m. 31 de agosto

El informe del día siguiente llegó al final, como siempre. “Análisis de desempeño del psicólogo Anthony. Resultado: desviación menor. Observaciones: uso de lenguaje emocional no aprobado. Recomendación: reintegración al protocolo P-01-20 en próximas sesiones.”

Lo leí tres veces, desviación menor, así etiquetaban mi acto de humanidad, como una falla técnica, un error de software. No importaba lo que los niños hubieran sentido, no importaba si por un segundo su dolor fue comprendido en lugar de clasificado. Solo importaba que no seguí el guion. Y entonces supe que ya no podía volver atrás. Entré al sistema interno del Centro y comencé a sabotearlo. No con violencia, sino con ternura. Modifiqué

los archivos de consulta para que incluyeran poemas ocultos en los diagnósticos. Inserté cuentos en los protocolos de duelo, frases como “La mejor manera de sanar es entender la realidad de lo sucedido”. Lo hice durante semanas. Cada intervención era una semilla. Cada semilla, una grieta en el muro, pero los muros saben cuándo tiembla. Y el sistema también. Una notificación llegó a mi escritorio: “Asistencia obligatoria a sesión de evaluación emocional interna. Riesgo de inestabilidad funcional.” Sabía lo que eso significaba. Así que tomé una decisión. Esa noche no fui a casa, igualmente no tenía alguien por quién volver. No tomé el tren automático, ni marqué mi salida. Bajé por las escaleras de mantenimiento — esas que nadie usaba desde que apareció el ascensor inteligente — y llegué al nivel más bajo del centro, donde aún se almacenaban archivos físicos de los primeros años del sistema tecnológico. Allí, entre carpetas con nombres reales y documentos escritos a mano, encontré lo que buscaba: la prueba de que alguna vez fuimos distintos, la prueba de que no fueron solo historias de nuestros bisabuelos. De que hubo un tiempo donde la salud mental no era un trámite, sino una conversación. Donde el dolor no se borraba: se compartía. Y justo entonces, la puerta metálica crujió.

—Sabía que vendrías —dijo una voz detrás de mí—. Todos llegamos aquí, tarde o temprano. Era una mujer, con bata gris, rostro joven y cabello negro.

—¿Quién eres? —pregunté. — Alguien que aún recuerda cómo era antes. Me invitó a seguirla. Y yo lo hice. Esa fue la noche en que crucé el umbral, de terapeuta a insurgente. De máquina a humano.

9:00 p.m.

La mujer se llamaba Edwina. Había sido neuropsiquiatra, como muchos, desapareció del sistema sin que nadie lo notara. —¿Dónde estamos? —le pregunté al cruzar un pasillo oxidado y mugriento —Bajo la ciudad. Más allá de los sensores.

Aquí no llegan las máquinas ni las cámaras. El aire era puro, descendimos por una escalera de metal hasta una sala iluminada donde se encontraban plantas extrañas que nunca había visto. Un grupo de personas se reunió a mi alrededor, había libros, papeles, instrumentos musicales, máquinas desarmadas y niños corriendo entre los adultos, riendo. Era un refugio, pero también un acto de fe. —Aquí no curamos con algoritmos —dijo un anciano de barba blanca mientras me ofrecía un cuaderno—. Aquí escribimos y hablamos. Me senté en una esquina, con el cuaderno en las manos temblorosas. No sabía qué hacer, qué decir, ni por qué me sentía al borde del llanto. Edwina se sentó junto a mí. —No eres el primero en romper el guion —dijo—. Solo necesitabas recordar que podías. Todos los que están aquí lo hicimos alguna vez. Y por eso nos convirtieron en errores. Pero los errores, cuando se unen, se vuelven posibilidad.

Durante las semanas siguientes, viví entre ellos. Aprendí a reparar radios antiguos y a leer textos prohibidos. Escuché historias de otros desertores: programadores que sabotearon servidores, ingenieros que infectaron *bots* con poesía, docentes que enseñaban literatura escondida en fórmulas matemáticas. Una revolución sin armas, pero con memoria.

Comenzamos ingresando en los sistemas, teníamos equipos de ingenieros, físicos y más profesiones que no eran permitidas por el gobierno, enviamos notificaciones, mensajes con palabras de ternura, enviamos fotografías antiguas, audios, videos y entrevistas de los pacientes de los años 2080 hacia atrás, donde se reflejaban emociones y lo prácticas que eran las máquinas para la humanidad, sus avances tecnológicos, una humanidad que parecía haber alcanzado la gloria y el sentido de la vida.

20 de diciembre

La rebelión comenzó con un silencio. Una mañana, los asistentes

emocionales dejaron de funcionar. Las frases quedaron a medias, los centros colapsaron, el sistema no supo cómo procesar palabras humanas, llenas de poesía y contradicciones. Frases como “Estoy triste porque todo importa” confundieron a las máquinas. Y fallaron. El gobierno intentó reiniciar todo y no funcionó. Las calles se llenaron de vida real, las escuelas contaron historias, las pantallas mostraban rostros y memorias, no reglas. Sin disparos ni violencia, el sistema cayó. Con gran esfuerzo por meses, por fin lo habíamos logrado, habíamos recuperado al mundo junto con su humanidad...

El silencio suena distinto ahora. Ya no es el de las máquinas, sino el que hay antes de una risa, un abrazo, una verdad. Es humano. Lo habíamos olvidado, vivimos entre ruinas fértiles, la ciudad ya no nos devora. Es imperfecta, pero viva, las luces fallan, el transporte se detiene... y aun así, la gente se habla, se ayuda, siente.

Los centros de bienestar son ahora casas de conversación. Las cápsulas de control, bibliotecas. La IA calló. Nadie la extraña.

Edwina es guía de un taller de duelo donde solo se escucha. A veces ríen, a veces lloran, a veces solo guardan silencio. Y está bien. Yo volví a buscar a aquellos niños

Rescaté a dos hermanos.

—¿Recuerdas? —le pregunté a uno de ellos. Asintió. Estaba vivo por dentro. Les enseñé a sembrar, a leer, a equivocarse. Un día, el menor me preguntó: —¿Por qué antes no podíamos sentir? —Le respondí: — Porque dejamos que las máquinas guardaran nuestra parte rota.

No entendió del todo, pero sabía que ahora podía llorar. Y eso bastaba. No vivimos en una utopía, pero hay errores, dudas, lentitud. Y ya no nos asustan esos errores, porque son nuestros.



Timografía

Por: David Molina Guerrero

Tercer lugar

Cuando papá contaba esta historia, comenzaba callado, pidiendo con señas que lo siguiéramos. Detrás de él, mi hermano, yo y cuantos invitados estuvieran, todos caminando hacia su habitación para verlo buscar la llave del armario. Era un mueble hermoso de madera rojiza, que al abrirlo chillaba de viejo. Papá aprovechaba para soplar el polvo que se había acumulado adentro, y sacaba una máquina de escribir blanca, con una capa de pintura negra que empezaba a desprenderse. Se veía pesada, pero él con facilidad siempre la cargaba hacia la sala y la colocaba

con cuidado en una mesa. Se sentaba insertando una hoja blanca para retroceder el carrete. Como si fuese protocolo, tomaba una respiración profunda antes de colocar sus manos. Todas las veces se veía en su rostro a un profesional retirado, disfrutando de recordar sus labores. Rápidamente ingresaba: “¿Recuerdas lo último que hiciste para mí?”

Al quitar sus manos y presionar la única tecla color verde agua, la máquina solita devolvía su carrete y empezaba su propia mecanografía. Papá sonriendo con los brazos cruzados, iba leyéndonos lo que diminutos martillos de tinta prensaban en el papel. La máquina repetía una historia relatada todos los

años en la cena navideña, la carrera universitaria de mi papá.

Letra por letra, la máquina daba el contexto de la época. Las personas redactaban sus ensayos a luz de candela, con máquinas de escribir similares a esa. Pero, en esa época era imposible imaginarse una automáquina como la que teníamos enfrente. Papá usualmente deja de leer aquí para aclarar que él fue el primero de toda la región en conseguir una. Recalcaba que no era por tener más dinero ni nada, sino porque era algo muy novedoso aún. Muchos no conocían tal artefacto, y el resto no sabían cómo usarlo. Sucede que fue de los primeros en aprender, y precisamente por eso,

fue pionero en el correcto uso de esta herramienta de fantasía.

La máquina seguía con el impacto de sus martillos, y a mi papá le tocaba leer la parte de la historia que duele, cuando decidió usarla durante su último año de universidad. Papá sabía que la máquina nunca recuerda esta parte a la perfección, entonces cuando ameritaba, la detenía, corregía el error y la dejaba continuar. La máquina decía que cuando ya iba a terminar sus estudios, lo contrataron tiempo completo como secretario en un Banco Iberoamericano. Me parece recordar que la máquina detallaba horas que incluso chocaban entre las dos ocupaciones. Entre los tiempos de su estudio y los tiempos de su trabajo quedaban, a lo mucho, cinco minutos para tomarse un café. Y eso sin contar el tiempo que duraba caminando hacia el banco con una máquina de escribir en su maletín. Era fácil volverse loco con solo escuchar su horario.

Pero claro, Papá tenía su propia automáquina. Nadie en su universidad conocía tal palabra, y por eso decidió pintarla negra como todas las demás. No era el mejor pintando, pues mirando de cerca se notaba que no era una máquina de escribir convencional. Papá era un excelente escritor, pero era varias veces más lento que su automáquina. Papá le pedía que escribiera imitando su estilo, e incluso le decía datos importantes de su investigación para que lo ayudara a encontrar errores que él no habría encontrado. Papá ya era alumno estrella, pero con su nueva máquina se ahorra el tiempo que no podía perder. Era bueno disimulando, nadie lo notó por un buen tiempo.

Por otro lado, en el banco estaban fascinados desde el primer día, y rápidamente se adaptaron a la herramienta. Papá, siendo el empleado nuevo, inmediatamente se ganó el respeto de todos sus colegas y jefes. Pero claro, todos sus días eran un poco ajetreídos. Todo el día trabajar. Durante la mañana, ocultaba su fantástica herramienta,

y durante la tarde, buscaba todas las maneras de ahorrarle tiempo y dolores de cabeza al personal de todo el banco. Uno que otro error de automáquina en saldos de cuentas le enseñó que el cuidado es lo primero, pero que tener cuidado no significa tener que hacer todo a mano.

Papá siempre detenía el carrete en este punto del relato. Dejaba de leer y más bien señalaba una parte metálica de la automáquina. Justo debajo del carrete no había solo una palanca como de costumbre. Si se miraba desde arriba, se podían observar engranajes descubiertos que llevan hacia el interior de la máquina. Señalaba la silueta del margen de algo faltante, que él explicaba como un cobertor que se le perdió sin darse cuenta. A partir de ahí comienza a contar su último semestre, con un maestro que le encantaba aplicar exámenes innecesariamente extensos.

Papá decía, aunque nunca le creí, que era un hombre paciente en ese entonces, puesto que aguantaba mucho martirio por catedráticos enaltecidos. Pero este último era distinto. Este maestro era mediocre y juicioso. Hacía bromas pesadas e incluso acosaba a sus alumnas para ahuyentarlas de la universidad. Era un mal educador con alta exigencia. Pero todo esto pronto iba a dejar de ser problema de mi papá. Pronto se graduaría para dedicarse a su trabajo y pensar en formar una familia, o bueno, eso pensaba él.

Papá cuenta que estaba nervioso el día de la primera prueba. En su momento no sabía por qué, así que continuó sacando su automáquina del maletín, y se sentó a resolver la prueba. Todos sudaban frío, incluyéndolo a él. El maestro pasaba dando vueltas por los asientos. Las respuestas de mi papá nunca habían estado mejor. Él le decía a la automáquina qué escribirle, y luego borraba la petición como si fuese un error ortográfico. Estudió bastante para la prueba, entonces podía distinguir entre un buen aporte y uno completamente descabellado. La mayoría del tiempo pretendía estar

escribiendo, mientras la automáquina hacía el trabajo repetitivo de elaborar oraciones complejas que fuesen fáciles de entender.

Papá nos enseñaba cómo tenía colocadas las manos en ese momento. Estaba por terminar su mímica de escritura manual, cuando el maestro le insertó un lápiz en el carrete a modo de broma. Se reía y se reía de ver la máquina trabada intentando escribir distintas letras en el mismo lugar. Papá aún conserva esa hoja. Tiene un cuadro negro en el que se plasmaron unas 30 letras en un solo espacio. El maestro se dejó de reír cuando vio que mi papá no presionaba las teclas, sino que se movían solas. Hizo toda una escena. Primero lo llamó brujo, luego vagabundo, y al final lo terminó acusando de no saber nada. Por solidaridad, inmediatamente saltaron algunos de sus compañeros. Cuenta papá que ellos se delataron también para defenderlo. Varios usaban automáquina igual que él, y le aseguraron al maestro que era solo una herramienta para escribir más rápido.

El maestro, aunque furioso, lo dejó pasar. Todos terminaron la prueba y la mayoría la ganaron con una buena calificación. Papá en este punto de contar la historia siempre hacía algo curioso. Retrocedía el carrete, y le pedía a la automáquina que redactara los enunciados de la prueba final de esa clase. La máquina comenzaba a escribir instrucción tras instrucción. Dejaba un espacio pequeño que decía "Resolver en hojas adicionales", y continuaba con el siguiente enunciado, cada uno más extenso que el anterior. La prueba parecía no tener fin, entonces papá continuaba su relato con los impactos de la tinta detrás de su voz.

La última prueba se aplicó en horas tempranas del día, por lo que muchos guardaron sus máquinas de escribir en los casilleros de madera del salón. Ahora casi todos tenían automáquina. Se había vuelto la sensación después de la prueba de hace unos meses. La prueba

sorprendió a toda la clase. La automáquina seguía escribiendo la prueba mientras se describía el sudor en las manos de todo el salón. El maestro la había hecho extensa, no por deseo de hacerla imposible, sino para prácticamente obligarlos a usarla. Para esta prueba permaneció sentado en su escritorio docente. Lo único que movía era la cabeza para sonreírle a cada uno mirándolo a los ojos, como deseoso de verlos fracasar. Y lastimosamente, consiguió justamente eso.

La prueba finalizó, y el maestro llamó a sus colegas al salón. La Rectoría y el Consejo de Educación habían invadido el salón en un instante. Tomaron pruebas aleatorias, colocándolas bajo lámpara para mirar sus respuestas. La de mi papá permaneció en su mesa, sin revisar. Nada de lo que habían contestado sus compañeros tenía sentido. Ninguno de los entrevistados sabía de qué trataba la prueba. La automáquina terminó de redactar la copia del examen luego de 15 minutos. No tomó ni 5 minutos

para que todos los estudiantes que la habían usado fuesen negados de su título, expulsados de la universidad y usados como ejemplo de mediocridad. Se prohibieron las automáquinas en la universidad. En las noticias salían como el peor invento de la humanidad. Papá dejó de relatar y sacó un periódico del armario. Era de la publicación semanal de la universidad. Tenía como portada una fotografía de la automáquina mal pintada, con el título de "Timografía: La técnica del engaño".

Por mucho tiempo esto lo destruyó emocionalmente. No pudo defenderse. Ninguna figura de autoridad lo escuchaba después de ser difamado. Pero bueno, papá cambia de tono en esta parte como si ya eso estuviese detrás de él, pues al final la situación resultó para bien. El banco lo ascendió, participó varias veces como conferencista del uso apropiado de automáquina para todo Centroamérica, e incluso hoy en día colecciona automáquinas como si fuesen reliquias preciadas. Nunca

obtuvo su título, pero nunca le hizo falta porque ya tenía el conocimiento y un buen trabajo.

No siempre lo hace, pero cuando abre su segundo armario con el resto de sus máquinas de escribir, toma del primer estante una caja llena de cartas de amor y las muestra. Una a una las va pasando, todas con el mismo destino y autor. Sonriendo, confirma lo que todos creen cuando las ven, efectivamente son las cartas que le escribía a mi mamá cuando se enamoraron. Al rato termina de presumir y coloca las cartas en el estante, al lado de su única máquina de escribir completamente manual. Siempre devuelve la automáquina, cierra los armarios y apaga la luz. Pero esta última vez, se olvidó de guardar el periódico. Aprovechó y se llevó el periódico a mi habitación, donde yo tenía mi automáquina moderna, la que uso para la universidad. Ahí la colocó como papel, y al lado del título digitó manualmente: "Hoy en día debe sentir pena el que escribió esto..."